

Julio MANGAS MANJARRÉS, *Séneca o el poder de la cultura*, Madrid, Editorial Debate 2001, 172 pp.

La vida y la obra de Séneca sigue despertando la atención y el interés de los estudiosos del mundo clásico, prueba de ello es la reciente y magnífica publicación de J. Mangas, en la que, con un relato ameno y una inmejorable utilización de las fuentes clásicas, podemos conocer los momentos más importantes de la vida de este ilustre cordobés que gracias a su formación llegó a ser valorado en su tiempo y más tarde influyó en estadistas y monárquicos que quisieron encontrar en su obra experiencias y normas a seguir y a tener en cuenta.

La obra que vamos a comentar aquí no es, en palabras de su autor, una biografía novelada, sino una biografía histórica, muy bien documentada, con notas a pie de página abundantes y precisas, fruto de un minucioso estudio de las fuentes históricas y literarias.

En el relato se entrelazan con naturalidad y armonía un buen número de pasajes de escritores antiguos y se hace referencia en todo momento a los resultados y sugerencias de un amplio abanico de estudios modernos que aportan luz a estos años del imperio.

El trabajo se inicia con una genealogía de la familia de los Julio-Claudios, seguida de una presentación en la que el autor deja bien claro que Séneca pasó su existencia en una época difícil y que logró sobrevivir y destacar gracias al poder de su cultura.

Siguen seis capítulos concebidos de forma distinta en función de la importancia del contenido. En los tres primeros (pp. 15-45) se hace referencia a los Anneos, antepasados de Séneca, que debían encontrarse entre la multitud de itálicos que se desplazó a Hispania considerada el Dorado por los recursos que tenía.

Se recuerda que los provinciales que acudían a Roma lo hacían con el propósito de ampliar su cultura, integrarse en la administración central o bien representar y desarrollar los negocios familiares como debió de ser el caso del padre de Séneca.

Se presta atención a la importancia que tuvo la cultura en la época imperial, de ahí que los emperadores mantuviesen a su lado consejeros reputados por su cultura. Se habla de la formación recibida por Séneca, de sus maestros, de sus estudios de retórica y del gran interés que mostró por la filosofía. Se entusiasmó con el pitagorismo, reconoció los valores del epicureísmo, simpatizó con los cínicos y, guiado por Atalo, siguió el estoicismo que se adaptaba perfectamente a sus intereses políticos.

Se recuerdan sus dolencias físicas y su estancia en Egipto en compañía de su tía materna y de su esposo C. Galerio. Vivió en Alejandría, ciudad que rivalizaba en cultura con Rodas, Pérgamo, Antioquía y Atenas, esto le permitió ampliar su cultura y conocer lo más interesante de este atractivo país donde escribió algunas

obras que no conservamos. Comenzó su carrera política bajo el gobierno de Calígula y en el año 41, bajo Claudio, fue desterrado a Córcega de donde regresó en el año 49 gracias al apoyo de Agripina.

Los tres últimos capítulos (pp. 71-150) desarrollan puntos concretos que están en conexión con el epígrafe general cuya fuerza motora es la formación y cultura de Séneca. Son los años más cruciales para el filósofo que, reincorporado a la vida pública y nombrado preceptor del futuro Nerón por Agripina, se vio obligado a seguir los deseos de su protectora y a colaborar audazmente para que la sucesión de Claudio recayese en favor de Nerón.

Se alude a la *Apocolocintosis* de Claudio, a los Comentarios de Agripina y al tratado *Sobre la clemencia* en el que se presenta a Nerón como el refundador del imperio y el continuador de la política de Augusto. En efecto, Séneca partidario de la monarquía y del poder absoluto del emperador sigue, en opinión de J. Mangas, una concepción del poder semejante a la que tenían las monarquías orientales. Al abordar el quinquenio áureo se constatan los datos de los historiadores ofreciendo el autor breves sugerencias a las distintas versiones históricas y escogiendo los mejores textos de Séneca para apoyar la política pacifista sin ambiciones expansionistas y cumplir así con la máxima estoica: participar en la política para servir a los hombres.

Se recuerda la reprobable actuación de Nerón desde el año 62, su crueldad y el clima de intrigas y calumnias que llegaron a implicar a Séneca en la conjura de Pisón y empujaron al emperador a firmar la orden de suicidio de su consejero. El autor intenta que sean las referencias a las obras de Séneca las que perfilen su personalidad, marcada por la necesidad de la prudencia y por tratar de adaptar la realidad a la teoría por medio de la palabra y del ejemplo de su vida. J. Mangas, en el último capítulo (pp. 119-150), posiblemente el más novedoso y personal, revisa temas tan controvertidos como su religiosidad, la filosofía moral, la fortuna de Séneca, similar a la de otros senadores, y las acusaciones infundadas sobre desviaciones sexuales. A continuación, no duda en afirmar que por las obras de Séneca no podemos confirmar su fe cristiana aunque nos hable de un dios único creador y regidor del mundo y sea defensor del ser humano al no establecer ninguna diferencia entre un hombre libre y un esclavo.

Tras un breve epílogo en el que se resalta la presencia del filósofo a lo largo de los siglos, contamos con dos Apéndices: uno, sobre la cronología de Séneca y de su época, y otro, sobre la cronología de sus obras, donde se une a la tesis de datar todas las tragedias salvo tres en su destierro de Córcega.

Finalmente, una bibliografía bien estructurada completa la publicación.

Se trata de un libro escrito con un encanto especial que atrae y engancha al lector a seguir leyendo, bien documentado (salvo el error de la cita de Tert., p. 143: *Seneca saepe noster*) y útil e interesante para el filólogo, el historiador o para cualquier lector que quiera acercarse a este genio de la humanidad que con su vida, su

obra y la imagen de su muerte dejó un testimonio impecadero e inigualable para la posteridad.

M.^a CRUZ CARCÍA FUENTES
Universidad Complutense

Pedro Luis CANO y Jaime VELÁZQUEZ, *Carmina Priapea. A Priapo, dios del falo*, Texto revisado, traducción, introducción y notas, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, Servei de Publicacions 2000. 242 pp.

Se diga lo que se diga, forma ya parte del tópico en la tradición de los estudios sobre el *Corpus Priapeorum* aludir al hecho de la relativamente escasa atención que han merecido estos ochenta poemas anónimos (dejo para la discusión de los especialistas, a la que aluden y ante la que se pronuncian claramente —de ahí, también, mi postura— nuestros autores, si se trata, en efecto, de 80, de 81 ó de 86 poemas), recogidos por un compilador también anónimo y dados a conocer a través de, hoy catalogados, por lo menos 19 manuscritos (cf. L. D. Reynolds, ed., *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Oxford, 1986², pp. 322-323, s.u. *Priapea*). Forma parte del tópico porque de entre la poesía latina considerada anónima, no creo conocer otro *corpus* que haya merecido, y encontrado, tan variada y selecta atención por parte de la profesión filológica, desde que fue redescubierta la antología. Se trata, además, de una tradición manuscrita compleja, por extremadamente alejada de los primeros arquetipos y del original, que recuerda mucho a la de nuestro Catulo de Verona: tras una referencia por el autor del *Cento nuptialis*, los *Priapea* «desaparecen» del mundo lector, para reaparecer en un solo manuscrito (*Florentinus, Laurentianus*, 33.31 = A) tras pasar más de mil años de habitación en los limbos de la república filológica. De ahí, el resto de la tradición manuscrita y de ahí también que las ediciones críticas hayan acumulado una cantidad tan grande de reflexiones y propuestas sobre las variantes detectadas (conviene recordar que la considerada, hasta hace relativamente poco, edición canónica de Catulo, de Mynors para OCT, contiene más de 800 *emendationes*?). Si a esta dificultad intrínseca, le añadimos el hecho de que por encima (por así decirlo) de estos textos han pasado en los últimos 125 años filólogos de la talla de Bährens, Bücheler, Buchheit, Cazzaniga, Courtney, Müller o Vollmer y que en los últimos dos decenios no menos de cuatro tesis doctorales, después convertidas en importantes libros (por lo menos para el estudio de nuestros poemas, claro), se han dedicado a la edición y comentario de los *Priapea* (Goldberg, Parker, O'Connor y Clairmont: toda la bibliografía sobre el tema está en las pp.51-59 del libro); y si a todas estas circunstancias, le echamos el condimento de que el maestro Enrique Montero, desde su pericia y control del especializado latín